

PEDRO CAYUQUEO

**HISTORIA SECRETA
MAPUCHE**

Catalonia

ÍNDICE

PRÓLOGO	15
WALLMAPU	
EL PAÍS DE LOS MAPUCHE	27
Los mongoles de América del Sur	34
Los mal llamados araucanos	37
La Logia Lautaro	42
Las Cartas pehuenches	45
O'Higgins y los mapuche	50
Una nación libre y soberana	58
Lonkos de visita en Buenos Aires	62
"Patagonia", el país que visitó Darwin	66
EDMOND RUEEL SMITH	
UN GRINGO POR WALLMAPU	73
De Estados Unidos a Wallmapu	76
El palacio real de Mañilwenu	80
Una sociedad culta y honrada	86
PAUL TREUTLER	
LAS ANDANZAS DEL ESPÍA ALEMÁN	93
La histórica ciudad de Valdivia	96
Expedición a Mehuin, Queule y Toltén	101
Villarrica, su gran obsesión	107
CALFUCURA	
EL NAPOLEÓN DE LAS PAMPAS	113
La Confederación Mapuche	120
La batalla de San Carlos	128
La tribu de los Coliqueo	132
GENERAL ROCA	
EL CAZADOR DE INDIOS	137
La Conquista del Desierto	144
La manta pewenche de San Martín	152
PUELMAPU	
LA CAÍDA DE LOS IRREDUCTIBLES	159
El macabro Museo de La Plata	167
El último guerrero de Puelmapu	171
El granero del mundo	182

MAÑILWENU

EL SABIO DE LA TRIBU	189
El Toqui que nunca pactó	192
<i>Game of Lonkos</i>	198
El Parlamento de Tapihue	202
La correspondencia del Toqui	207

BARROS ARANA Y CIA.

LOS IDEÓLOGOS DE LA INVASIÓN	217
Civilización versus barbarie	221
La Revista Católica	228
El bergantín <i>Joven Daniel</i>	232

ORÉLIE ANTOINE I

EL REY DE LA ARAUCANÍA	237
Nace la monarquía constitucional	240
¿Un agente del rey de Francia?	247
Un reino que aún existe en la ONU	253

CORNELIO SAAVEDRA

LA CONQUISTA DEL OESTE	259
Estalla la Guerra Civil	263
Plan de ocupación de la Araucanía	268
Luz verde a la invasión de Wallmapu	273
La refundación de Angol	278

JOSÉ SANTOS KILAPÁN

EL ÚLTIMO TOQUI DE ARAUCO	285
Saavedra invade el Lafkenmapu	288
Retroceder nunca, rendirse jamás	294
La guerra de exterminio	300
La embajada de Kilaweke	304
El ataque al Fuerte de Collipulli	311

ADIÓS A TRES SIGLOS DE LIBERTAD

317	
José Bunster, el rey del trigo	322
¡Zafarrancho de combate!	327
Estalla el Futa Malón	332
La carta de los 40 caciques	338
Ataque al Fuerte de Temuco	341
Villarrica, la Bella Durmiente	352

*Dedicado a todos quienes desde diversos espacios y lugares, en el campo
y la ciudad, siguen honrando la memoria de nuestros ancestros.*

Peleando por su cultura
derramando sangre en las tierras
terror y fe
castigados solo por ser.

Herederos del tiempo
forzados a ser guerreros
en armas, caras pintadas
defendiendo a su pueblo.

Solo por ser indios
presos de la ambición asesina.

A.N.I.M.A.L., *“Solo por ser indios”*.

*El único deber que tenemos con la
historia es reescribirla*

OSCAR WILDE

P R Ó L O G O

Siempre tuve problemas con la Historia, con la de Chile, y más tarde, a medida que fui creciendo, también con la de Argentina. En la escuela los profesores me hablaban del *Desastre de Curalaba* y yo pensaba: ¿Por qué desastre si fue la mayor victoria de nuestros antepasados? ¿Acaso el abuelo Alberto era un mentiroso?

Aprendí leyendo los manuales escolares que las machis eran brujas, el pillán era un demonio y nuestros ancestros una banda de cazadores-recolectores, situados apenas un peldaño arriba de zorros y pumas en la escala evolutiva. De cultura o civilización mapuche, ni hablar.

Nuestra espiritualidad eran supersticiones, nuestra medicina, cosa de brujos; nuestro arte, baratijas de feria costumbrista; nuestra lengua, un dialecto menor ya casi desaparecido y de nula utilidad en la vida moderna. También aprendí que los mapuche —perdón don Sergio Villalobos, quise decir los araucanos— habíamos habitado entre los ríos Biobío y Toltén en el sur de Chile. “Habíamos habitado”; así bien en el pasado, en pretérito pluscuamperfecto.

Muchas cosas, la verdad, me hacían ruido y algunas hasta me causaban risa. Siendo un niño mapuche nunca vi en mi lof materno de origen, allá en los fértiles campos de Ragnintuleufu, a ningún lonko cargando días enteros un pesado tronco para ganarse el puesto. Caupolicán, contaban mis profesores en la básica, lo hizo por tres o cuatro días, así les ganó a todos y fue nombrado toqui principal en la *Guerra de Arauco*. Era por lejos el más bruto.

Aquella imagen siempre me pareció surrealista, algo torpe, una burda caricatura de don Kalfulikan, su verdadero nombre. Todavía, cada vez que me cruzo con su estatua en la céntrica avenida que lleva su nombre en Temuco, reflexiono sobre ello; sobre cómo la historia oficial nos retrata y, también, sobre cómo nos miente.

Amankay, mi hija de 12 años, cierto día me preguntó quién era ese musculoso Tarzán con el tronco al hombro. Un obrero forestal, le respondí. Mi respuesta le hizo todo el sentido del mundo. Es lo que hubiera esperado yo de mis profesores cuando tenía su edad: una pizca de honestidad intelectual y de pensamiento crítico. Aquello sin embargo no sucedió.

Recuerdo que nos hacían recitar, con muy poco entusiasmo, los versos de Alonso de Ercilla y Zúñiga en su poema épico *La Araucana*. Sí, aquellos de la “gente que la habita es tan gallarda y belicosa, por rey jamás regida ni a dominio extranjero sometida”.

Con el tiempo entendí que *La Araucana* no era más que una bella pieza de propaganda, escrita para justificar ante el rey de España la inoperancia de sus soldados en los confines del mundo conocido. Hoy creo además que fue el primer libro de ciencia ficción escrito en América. Una versión local de los *X-Men* de Stan Lee y Jack Kirby: Galvarino nuestro *Wolverine*.

Lo cierto es que en *La Araucana* hunde sus raíces lo más rancio del nacionalismo chileno del siglo XIX. El mismo que tras pactar nuestra autonomía con el lonko Mariluan en Tapihue (1825), no dudó más tarde en retratarnos como una tropa de indios buenos para nada y avanzar militarmente sobre nosotros.

Pero a comienzos del siglo diecinueve, a falta de una épica propia, allí estaban los valientes e indómitos “hijos de Arauco”, los Lautaros y Galvarinos, Caupolicanes y Lientures, disponibles para dotar de sentido y razón la descafeinada y elitista causa patriota.

Lautaro, el Che Guevara de las guerras de independencia.

Eso fue la famosa *Logia Lautarina*, aquella junta de aristócratas superhéroes criollos fundada en Europa a comienzos del

siglo diecinueve y que integraban O'Higgins, San Martín, Blanco Encalada, entre otros; o las *Cartas pehuenches*, artículos publicados por el intelectual patriota Juan Egaña donde dos jóvenes pewenche dictaban pautas morales a la joven nación.

Y es que tal como escribió Pablo Neruda a propósito del vernáculo racismo chileno contra los mapuche: “La Araucana está bien, huele bien. Los araucanos están mal, huelen mal. Huelen a raza vencida. Y los usurpadores están ansiosos de olvidar o de olvidarse”.

Algo similar acontece al otro lado de la cordillera de los Andes, en la actual República Argentina, en Puelmapu, la tierra mapuche del este. Olvidos y silencios caracterizan su historia oficial. Y una que otra mentira no tan piadosa.

Desierto, así bautizaron los historiadores argentinos al extenso y rico territorio de las pampas y Patagonia, habitado desde hacía siglos por tribus rankülche, pewenche, puelche y aonikenk, cuya principal lengua franca —la lengua del comercio, la diplomacia y también de la guerra— fue el mapuzugun. Basta chequear la rica toponimia.

Pero no. La versión oficial asegura que se trataba de un desierto inhóspito y deshabitado, ocupado temporalmente por tribus salvajes, chilenas por añadidura, dedicadas al pillaje y al robo de haciendas en el patio trasero de Buenos Aires. Expulsarlas, aniquilarlas o someterlas fue por tanto un verdadero acto patriótico.

Los argentinos, repiten ellos hasta nuestros días, son todos nietos de gringos y europeos; descienden literalmente de los barcos. Eso creían hasta la Guerra de las Malvinas, allí los ingleses les recordaron su verdadero lugar en el mapa. Vaya película que se habían pasado por casi dos siglos.

La historia, invariablemente desde la antigua Grecia, la escriben y relatan para la posteridad los vencedores, incluso cuando pierden. Y es que si bien la Corona perdió la guerra con los mapuche —Quillín y los restantes tratados firmados durante

tres siglos, una teatral capitulación— sus descendientes finalmente nos vencieron.

Lo hicieron en la *Pacificación de la Araucanía* y también en la *Conquista del Desierto*, vaya eufemismos para maquillar dos guerras que duraron décadas y más tarde borradas de la historia.

Sorprende lo poco y nada que chilenos y argentinos saben hoy en día de ambas. Se insiste, de manera a ratos exasperante, que el conflicto no resuelto entre ambos Estados con el Pueblo Mapuche —sea en La Araucanía o la vecina Neuquén— trata de los tiempos de Cristóbal Colón.

Un problema de quinientos años, como dijo en su última cuenta pública la Presidenta Michelle Bachelet. Nada más equivocado. Sus orígenes son recientes. Tres o cuatro generaciones, a lo mucho. Eso es antes de ayer si lo vemos con un mínimo de perspectiva histórica. Apenas un siglo atrás, como demostraremos en este libro.

¿Se podrá resolver algún día el conflicto que nos desangra, si lo que prima en esta relación es la ignorancia y los prejuicios? ¿Será posible avanzar hacia una sociedad intercultural y Estados plurinacionales, si la historia que aprendemos fue tan mal escrita?

Lo aclaro de entrada, no soy un historiador. No al menos de formación académica. Sí un fiel lector de historia desde mi más tierna infancia. Se lo debo a Jacinta, mi santa madre, y a mí escasa habilidad para el fútbol. Mi oficio es el periodismo, y mientras el historiador escribe del pasado nosotros, es sabido, registramos el presente. Llevó diecisiete años en ello y seis libros publicados.

Pero en la cultura de mi pueblo existe el weupife. Es lo más cercano a un historiador en la cultura occidental y, felizmente, también a un periodista.

Guardianes de nuestra memoria histórica, su rol fue de la mayor trascendencia en los tiempos prereducionales, aquellos del Wallmapu libre y soberano. Si destacar como orador en asambleas y juntas era importante para el ascenso social de caciques, lonkos y ulmenes, en los weupife se trataba de un requisito básico, insoslayable.

Este libro busca humildemente honrar aquella labor de tantos. Somos porque ellos atesoraron lo que antes fueron, dijeron e hicieron nuestros ancestros y lo transmitieron de generación en generación. No es poesía lo que digo.

A los diecisiete años, tras la muerte de un tío abuelo en Codihue —en el lof de mi familia paterna en Nueva Imperial—, maravillado escuché su historia de vida en boca un weupife. No me la contó solo a mí, lo hizo a toda la comunidad, en el eluwun o ceremonia fúnebre de nuestro célebre pariente.

A ratos alegre y en otros cabizbajo, el weupife recitó, cantó y teatralizó —siempre en lengua mapuzugun— pasajes de la larga vida de mi tío abuelo, en una ceremonia que supuse de siglos. Lo bueno y lo malo, sus hazañas pero también sus caídas y desgracias. Y es que todo ello, nos explicó aquel día, constituye lo que somos y lo que fuimos en vida. Era la esencia del ser che, del ser persona en nuestro paradigma cultural.

Pero su relato lejos estaba de ser solo una biografía personal o individual; hablaba de nuestro clan familiar, del lof y también del pueblo del cual todos los presentes allí nos sentíamos parte. Era un relato que hundía sus raíces en la historia. Y en una porfiada memoria común.

El presente libro trata también sobre ello, de nuestra memoria histórica: sobre sus tergiversaciones, silencios y secretos. Demasiados para mi gusto.

Un verdadero historiador utiliza fuentes propias, investiga en archivos coloniales, se sumerge tanto en la correspondencia militar como en la privada y acumula horas de exhaustivo y riguroso trabajo de campo. Son piezas de un *puzzle* que luego debe analizar, valorar e interpretar bajo estricta metodología académica.

No soy historiador, ya lo aclaré. Soy periodista y mis fuentes en este libro son aquellos historiadores que ya hicieron ese trabajo y que —lejos del discurso oficial y el culto a las efemérides coloniales—

apostaron por una nueva mirada mucho más crítica de nuestro pasado reciente. Una mirada, si se quiere, descolonizadora.

No son pocos. Hoy un batallón de científicos sociales —tanto en Chile como Argentina— investiga, sistematiza y reescribe la fascinante historia de aquellos pueblos preexistentes a los Estados. Entre ellos numerosos historiadores, antropólogos y sociólogos mapuche.

Conozco personalmente a varios. Son inteligentes, estudiosos y muy preparados en sus respectivas disciplinas. La mayoría cuenta con estudios de magister y doctorado en prestigiosas universidades europeas y norteamericanas. Son ellos los guardianes del *kuifikezugun*, el conocimiento antiguo de nuestros mayores y también la *intelligentsia* que todo pueblo requiere para su liberación.

Escribir del trabajo de otros no me complica. Es una de las funciones básicas del periodismo: relatar o describir lo que dicen o hacen los demás. Este libro descansa en un montón de libros, ensayos, conferencias y artículos de más de una veintena de buenos académicos. Los cito debidamente a cada uno.

Ofrezco además, en la extensa bibliografía de las páginas finales, cada una de las obras consultadas para quienes quieran profundizar en los temas aquí tratados. Algunas de ellas son posibles de encontrar en cualquier librería comercial y biblioteca pública y en el caso de los ensayos y *papers* en revistas indexadas, muchos están digitalizados y disponibles *online*. Es cosa de saber *googlear*.

Pero este libro no hubiera sido posible sin una de las herramientas básicas del buen periodismo de investigación: el reporte en terreno. Temuco, Angol, Los Ángeles, Concepción y Santiago son algunas de las ciudades donde escudriñé archivos, visité museos y accedí a bibliotecas públicas y privadas. Lo mismo en Buenos Aires, La Plata y Neuquén, ello en el actual lado argentino de Wallmapu.

Agradezco desde ya a los académicos que me abrieron puertas, compartieron alguna joyita o simplemente aceptaron un café

para intercambiar puntos de vista. Los aciertos de este libro se los debo a todos ustedes. Los errores, por supuesto, son míos.

El objetivo de este libro de crónica histórica no es otro que despertar vuestra curiosidad. La historia mapuche, aquella que aún no se cuenta en el sistema educativo, es fascinante. Nada tiene que envidiar en gestas y aventuras a la de los mongoles o aquella de las tribus del oeste norteamericano.

Los personajes que pueblan este libro también lo son. Calfucura, Mañilwenu, Roca, Saavedra, Orélie y Kilapán, sus historias por sí solas darían para varias series de *Netflix*.

En conjunto constituyen la gran película jamás filmada, la gran novela jamás escrita sobre la conquista de —tal vez— el último territorio libre de América. Este libro recopila parte de sus historias y, a través de ellas, un pasado que explica mucho de nuestros desencuentros actuales. El conflicto que nos desangra y nos distancia.

Estoy convencido que la utopía mapuche siempre fue la coexistencia pacífica con el blanco, con el cristiano, con el winka o —como les llama el poeta Elicura Chihuailaf— con el ka mollfunche, aquella persona de otra sangre. Fueron las nacientes repúblicas y sus oligarquías las que se farrearón aquella oportunidad histórica.

Así lo subraya el antropólogo Carlos Martínez Sarasola en su monumental obra sobre los grandes caciques y lonkos de las pampas trasandinas. Lo afirman también historiadores como José Bengoa, Pablo Marimán y Jorge Pinto, por citar tres autores ineludibles.

Si logro con las páginas de este libro —además de despertar vuestra curiosidad— sorprenderlos e incomodarlos, estaremos un pasito más cerca de aquella vieja utopía libertaria mapuche. Aquella de construir un mundo donde quepan muchos mundos.

Mulchén, junio de 2017